

## LA SOSTENIBILIDAD URBANA Y LA AGENDA 21 LOCAL

**Josep Antequera\***

anteq@catunesco.upc.es

La problemática de las sociedades actuales, especialmente en los espacios urbanos y la relación de éstos con el entorno natural planetario, esconde las claves del futuro de la humanidad. Ser sostenible significa permanecer en el tiempo y en el espacio manteniendo un cierto nivel de organización y estructura (estar vivo, por ejemplo). Las ciudades de hoy son cada vez más dependientes de los recursos externos y cada vez son menos productoras de los satisfactores necesarios para su supervivencia.

La visión de indefensión suprema de un espacio urbano, que los autores de la huella ecológica nos muestran, cuando encierran a una ciudad bajo una cúpula de cristal, nos hace imaginar su lenta agonía digna de los peores "thrillers" del género. Sólo con una visión sistémica logramos entender la absoluta dependencia urbana de su entorno natural cercano y lejano.

En la actualidad las ciudades actúan en relación a su entorno como grandes depredadores que despojan de recursos a la madre tierra entregándole a cambio montañas de residuos en todos los estados de la materia: sólidos, líquidos y gaseosos. Los "octopus" urbanos extienden sus inmensos tentáculos alrededor del planeta para captar sus alimentos, para saciar los miles de estómagos que contienen, para mover las miles de máquinas que albergan y para dar energía a los millones de lámparas incandescentes que iluminan el espacio urbano y que suponen el símbolo de la civilización humana, que incluso es visible desde el espacio exterior: como un gran neón de índole

\* Josep Antequera i Baiget es Biólogo y especialista en Agendas 21 e indicadores de sostenibilidad. Ha trabajado como asesor, tanto a nivel regional como local, en ayuntamientos e instituciones públicas. Actualmente se desempeña como director del Observatorio de la Sostenibilidad de la Catedra UNESCO de la Universitat Politècnica de Catalunya.

planetaria que anuncia al Universo que aquí estamos los seres humanos.

Por otro lado las áreas urbanas se extienden cada vez más sobre la tierra como un cáncer disruptor de la fisiología planetaria. La mancha urbana en la piel de Gaia no respira, todo lo contrario envenena la atmósfera y calienta el planeta. El artefacto humano tampoco almacena agua, es una mancha impermeable; ni reutiliza la materia orgánica sino que la devuelve de manera improductiva y en grandes cantidades a los océanos y a la tierra. Es el huésped parasitario que dispone de los alimentos a su antojo sin aportar nada a esa gran despensa planetaria.

La globalización actual se lidera hoy desde los espacios urbanos. Los centros de las ciudades, cada vez más homogéneos, exponen de manera brillante y ominosa las marcas líderes y patrocinadoras de dicho proceso mundializador. La colonización económica, por parte de estas marcas multinacionales, de los centros urbanos expulsa a los residentes y encarece el precio del suelo y de la vivienda. A cambio ofrece sus mercancías con anuncios cada vez más agresivos, y subliminales, con ánimo de seducir a la ciudadanía, mostrando sus productos generadores de felicidad en escaparates llamativos y atrayentes, reclutando cada vez más acólitos al culto del consumo material.

Pero los flujos globales que se dirigen hacia la ciudad no solo están compuestos de materia, energía e información, sino que las personas también forman parte de dichas corrientes elementales. Seducidas por las imágenes ficticias de mundos irreales, escapan de sus miserias locales y se dirigen en peregrinaciones, suicidas muchas veces, a ese paraíso de artefactos, artilugios, placeres y escenarios de video-clip. Una vez allí la selva urbana los acoge de forma diferente a como habían imaginado, y entre todos acaban construyendo esa otra ciudad, esos otros espacios urbanos, deslucidos de neones y repletos de miseria, insalubridad y necesidades insatisfechas, núcleos de frustración humana que constituyen las periferias de las grandes urbes.

Las ciudades crecen más deprisa en los países en desarrollo que en los desarrollados. Las masas empobrecidas son más ostensibles en unas que en otras. Pero las bolsas de pobreza están en todas ellas. Dibujan, a trazos salvajes, la cruz sombría de la moneda de la globalización, frente a la ostentosa cara diseñada estéticamente por las luces que iluminan los escaparates de las marcas comerciales multinacionales.

Los adelantos tecnológicos crecen en las urbes y las posibilidades de acceder al conocimiento humano también y de él se aprovecha la parte de la sociedad que se lo puede permitir, porcentaje mayor en las urbes occidentales y menor en las de países en desarrollo. Sabemos de mucho, albergamos especialistas de todas las cosas, alardeamos de grandes capacidades para transformar la faz de la tierra y construir altos edificios, pero somos incapaces de resolver problemas locales como el desplazamiento en las ciudades, los residuos o la extensión de la delincuencia y el crimen. Henri Laborit dijo que las ciudades no pueden ser consideradas un ecosistema porque son un artefacto que construyen ciertos grupos de personas poderosas para poder seguir manteniendo sus privilegios ante los demás, por ello sería más un exoesqueleto de la especie humana que un habitat natural. Lewis Mumford arriesgaba la hipótesis, de que la ciudad se generó por la asociación del cazador poderoso y guerrero y el aldeano trabajador y débil, el primero pasó a constituir la elite gobernante, pasó de defensor a constituirse en opresor de sus defendidos, y el aldeano pasó a ser el ciudadano y obrero especializado, de ser protegido a oprimido. Unos detentando el poder y los otros trabajando y rindiendo tributos.

Meditemos sobre la certeza y actualidad de estos postulados, y por otro lado observemos el crecimiento del fenómeno urbano y su más clara manifestación visible: lo que se conoce como proceso de "urbanización". Si analizamos evolutivamente la estética urbana, la funcionalidad pierde peso ante la veleidad estética y la rentabilidad económica. Prima el beneficio sobre el edificio, por encima de la capacidad del mismo para generar bienestar, confortabilidad y autonomía multifuncional. La técnica de la sostenibilidad en la construcción permite el diseño de edificios productores de energía, almacenadores y recicladores de agua, productores de alimentos, pero la realidad de la construcción y los constructores, los guerreros modernos, huyen de dicha responsabilidad social de la edificación y

erigen la bandera de la inviabilidad económica y del encarecimiento de los costes, para negar dichas posibilidades edificatorias y seguir embolsándose millones de euros con el hinchado precio de la vivienda. Y a la vez, el desarraigo, el desencanto y la frustración crecen en las áreas periféricas de las urbes de todo el mundo

También hay que decir en defensa de la urbe, que la ciudad es encuentro, es reunión, es acto, es oferta, es servicio, es necesidad, es ocupación, es amor a la vida y a la gente, es centro atractor de los seres humanos, es placer y núcleo satisfactor de necesidades sociales. Pasear por las urbes es encontrarse con la historia de la humanidad, detectar localismos, costumbres, paladear sabores autóctonos y reflejarse en ojos ajenos. La célula urbana se ha basado en esas cualidades para mantenerse en el tiempo y crecer en el espacio. Los espacios urbanos son los escenarios del progreso social y de la evolución de la especie. Por eso es que debemos recuperar y retomar esa dimensión de la urbe, el sentido de la polis, la plaza pública y el espacio de encuentro, reunión y debate de todos y entre todos.

La Agenda 21 local es una herramienta para ello. Para conspirar juntos por la sostenibilidad urbana y abrir el diálogo entre "interesados" opuestos. Para nadie es bueno que la urbe se degrade. A nadie le gusta tener que construir murallas para proteger sus bienes, ni andar con guardaespaldas y armas para mantener su seguridad personal. El pacto urbano es necesario, y urgente. El organismo urbano debe acogerse a las reglas de la homeóstasis planetaria. Debe pasar de artefacto humano disruptor a ecosistema natural cooperativo. Las disfunciones de la ciudad deben airearse y destapar y discutir socialmente sus causas, equilibrar los desequilibrios y poner barreras a un crecimiento desmesurado que se escapa de nuestra capacidad de gestión. Las autoridades locales deben entender su nuevo papel de aglutinadores de esfuerzos ciudadanos para posibilitar el mantenimiento del organismo urbano. Ellos deben ser los arquitectos de la nueva conciencia de la urbe. Representar por igual a los poderosos y a los desposeídos, y gestionar en beneficio de la mayoría. Ser juez entre el guerrero y el aldeano, y no ser sólo lacayo del poderoso.

Este es el reto de las urbes de hoy: la sostenibilidad urbana. La cúpula que puede acabar con las ciudades nos acecha amenazante, no será de cristal sino de mega unidades de miseria y contaminación. Los flujos que alimentan la urbe deben encontrar miles de circuitos internos para

poder desprenderse al máximo de su eficiencia funcional y no despilfarrarse como ocurre hoy en día embruteciendo el aire, el agua y la tierra. Y la conciencia urbana con responsabilidad social y planetaria debe gestarse entre los urbanitas. Las autoridades locales de hoy, junto con todos los pobladores urbanos, tenemos el reto de recuperar el sentido original de la polis, y la agenda 21 local puede ser una buena herramienta para ello, ya que su base es el diálogo entre las personas.

---

**Copyright 2003.** Número de Registro B-30620-2003. Ide@Sostenible. Derechos reservados. Cualquier impresión, publicación en WWW u otro medio, así como su distribución electrónica y/o comercial requiere autorización del Consejo Editorial. El contenido de los artículos es responsabilidad del autor.